



# Cantar del Marrakech

—◇—  
JUAN CARLOS  
BAUTISTA

861 44  
BAU

**Universidad de Guanajuato**  
Biblioteca Facultad Filosofía y Letras



0072594



IAL TIERRA A DENTRO





*Juan Carlos Bautista* CANTAR DEL MARKECH 8



**Juan Carlos Bautista** nació en Tonalá, Chiapas, en 1964. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Forma parte del consejo editorial de la revista *Del Otro Lado* y es fundador de la publicación periódica *Opus Gay*. Textos suyos han aparecido en *Viceversa*, *Mira*, *Punto*, *Los Universitarios*, *La Jornada*, *El Nacional*, *El Financiero*, *La Guillotina* y *Punto de Partida*, entre otros medios.

En 1985 obtuvo la Beca Salvador Novo del Centro Mexicano de Escritores. Un año antes fue merecedor del Premio Punto de Partida. En 1992 resultó triunfador en el Concurso Internacional de Cuento convocado por el Grupo Editorial Siete y La Guadalupana.

Ha publicado el poemario *Lenguas en erección* (1990) y participó en los volúmenes colectivos *Fuera del calabozo* (1983) y *El nuevo arte de amar en México* (1991).

Portada: *En alas de la consumación* (detalle), de Juan Sánchez-Juárez.

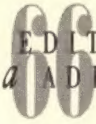


*Cantar del Marrakech*



# *CANTAR DEL MARRAKECH*

Juan Carlos Bautista

FONDO EDITORIAL  
TIERRA  ADENTRO



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes



7143/97

A Jaya Cotic,  
que abrió el camino  
de estos poemas

D

G-LFL

99042  
0072594

861.44  
BAU

Primera edición, 1993

Portada: Natalia Rojas Nieto

D.R. © 1993, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Arenal 40, Chimalistac, D.F., C.P. 01070

Impreso y hecho en México

ISBN 968-29-5496-7



*Entono mi plegaria contra el miedo. Contra el miedo  
del hombre que se arrastra. Silba. Vuelve a escupir.*

*Maldice.*

*Vuelve a escupir. Alaba. Se duele. Me lastima. Se dobla.  
Me desplaza. Contra ti mi plegaria. Plegaria contra el  
miedo. Mezcla de horror y júbilo. De fibra lacerada.*

*Contra mi lado oscuro. Contra las aguas mansas. Contra ti.  
Contra todo. La voz. La voz. La frágil marioneta.*

*[...]*

*Imploran los que fuimos tan muertos por el fuego  
y volvemos llorando al ojo de agua.*

María Elena Cruz Varela



Tras cortinas de nervios y mareos,  
catedral hundida en su sueño  
entre onirias agazapadas,  
estaba el Marrakech.

Las rocolas echaban a volar sus cuervos  
y las locas,  
de risas lentejuelas,  
empapaban el aire de miradas.

Las liosas, las dulces,  
las tibias, las acedas:  
nacidas de su amor asustadizo  
y del husmo triste de la sodomía.  
Con sus gestos como puños  
y las manos llenas de fervor, ladraban:  
vírgenes berriondas  
de tardes en declive y noches sin tregua,  
tendidas bajo el sol bajuno de las lámparas.

En el Marrakech eran soberanas,  
cerraban las piernas como señoritas  
y reían como putas.  
Oscuras y alegres como algo que va a morir.

Ellas,  
las sin vértice,  
con el vinagre siempre en la lengua







Con la jeta reclinada en el pecho,  
la mueca de humo  
y la cerveza a un lado,  
los chichifos,  
con la bragueta hinchada por el miedo,  
vendían su costado salobre.

Ángeles suntuosos,  
ángeles pérfidos y adoloridos,  
gabrieles capitanes de labios reventados,  
húmedos como tubérculos  
que nacen gritando de la tierra  
su morena brutalidad.

Retoños del Señor y Satanasa,  
con su blanca flor cuajada en el vientre  
y el corazón azuzado por la culpa,  
miraban de soslayo,  
ungidos de resentimiento,  
y su erección era una crueldad refinada.  
Obeliscos que se alzaban contra la ruina de la noche,  
cuerpos duros y tiernos,  
con su luz insidiosa y hábil para el despojo.  
Ángeles contra el instinto  
que arrojaban gargajos en la frente del enfermo  
y en el pecho del que guardaba,  
ruborizado como una niña,  
su corazón caliente y triste.



En la penumbra del Marrakech  
alzaban los sobacos llenos de resplandor  
y elevaban el vuelo hasta alturas de vértigo  
—su limpio gesto gregoriano.  
—Y las locas comenzaban a rezar.

*Y fue allí,  
en medio del ruido interminable,  
bajo la luz mugrosa  
y entre el olor picante de la cerveza y los orines,  
en esa vuelta y vuelta  
que uno quiere incendiar  
y que no prende,  
en donde yo,  
yo misma que no sabía lo que era,  
Yo perra Yo ladrona Yo delatora  
Yo, ese muchacho  
sumergiéndose en el Ganges  
entre cadáveres y mugre,  
entre amantes desnudos y gente que esperaba a Dios*

*Y la mirada en los reflejos del agua  
nadando entre peces viriles.*

*Y el cielo, el cielo verdadero  
cayendo sobre la esquina de mi  
cuerpo.*

*Yo, enamorado de esa soledad enamorada de su hora.  
Estatua ruinoso.  
Viento joven que se rinde por desesperación.*

*Fue entonces,  
en ese sitio letal*



*donde la piedra cultivaba ciegamente su rosa,  
cuando desaté la sangre  
y la carcajada.*

*Loca liosa con las arterias en la mano.  
Yo bestia Yo putilla Yo cabrón*

*¿Por qué tuve que caer?  
¿Por qué con esa felicidad?*

*Fue allí,  
y todos los laberintos eran mi indiferencia,  
adonde, hosco como un dios cansado,  
envejecido pero naciendo cada minuto  
ferozmente de mi cuerpo,  
hice callar al hombre  
y pervertí a la mujer.*

*Mírame, loca.  
Mírame cuando pases riéndote frente al espejo:  
he corrido a besar los cuchillos,  
y el amor,  
ese puerco que sabe ruborizarse,  
bizo la señal.*

### *(Diabla la Grande)*

No era bonita Diabla la Grande,  
había en su cara bestialidad  
y la recorría ponzoñoso un viento sin recodos.  
Y, sin embargo,  
era un caballo-lirio vestido de mujer,  
un montón de rosas oscuras  
reclamando caricia en las espinas.

Diabla reía  
y su risa era un ensimismamiento de piedra viva,  
un relámpago en la noche inútil del Marrakech.

Larga,  
como una serpiente su cuello,  
tumbada en camastros de hotel,  
desatada del mástil del día,  
entre risitas roncadas  
y colores a punto de pudrirse,  
amando su perdición,  
el alcohol de su sangre  
y su muerte.



La recuerdo olorosa a cerveza y vómito,  
el día que la dejó Pascual

y supo  
que los oscuros sólo de amor quieren morir,  
y de vergüenza.

En el miadero,  
largo y solemne como un abrevadero de caballos,  
los hombres levitan como iluminados.  
Se hincan,  
echan a beber la bestia fabulosa;  
alguien alarga su sexo como una dádiva:  
esa cabrona dama de la caridad.

En el miadero, los hombres cierran filas,  
se empapan en orines,  
untan los muslos  
y se abrazan como en el último día del Sexo.

Triste abrevadero de caballos  
donde las miradas corren en declive  
y las manos,  
inocentes y abyectas,  
se encienden de barroca necesidad.  
Ahí, entre paredes garrapateadas,  
los cuerpos chocan contra sus sombras.

Los mingitorios callan supersticiosamente.

Triste, triste abrevadero de caballos:  
el sonido de los chorros recrea la furia,  
no hay tiempo para las grandes pasiones,  
brincan los niños,  
enloquecen.



Hermosamente retocadas  
frente al espejo en llamas, se deciden.  
Y piensan: nunca más.  
Y delinean el ojo nuevo, los senos, el falso sexo de mujer.  
(A su alrededor, estrechándolas suavemente, el aire se  
calienta. El aire que las recorre por primera vez.)

Si Dios fuera María,  
   Juan María Egipciaca.  
 Si el mundo fuera el otro,  
   el que se agazapa en la sombra,  
 el que rasga la noche en cada rostro helado.  
 Cuerpos que son sólo cuerpos, limpios y viles, rubores  
 tensos,  
 sobacos con olor a dalia de eternidad.  
 Vestidas así ni la muerte misma daría con ellas.

Diosas malvadas, con el alma al filo del ojo,  
diosas de corazón zumbante  
y antropófaga alegría...  
¡alegría!  
...esa bestia que no las deja en paz.



(Hugo)

Obligado por la resaca  
un minuto se quedó callado,  
mojó de cerveza sus labios  
y su sombra fue húmeda y amarilla.  
(Su respiración de fruta casi se podía morder.)

17 años: ésa era la cosa.  
Se asomaba el ojo del ombligo  
y entre sus piernas,  
su sexo niño no dormía ni dejaba dormir.

Hugo:  
La cantina levantando sus estípites alrededor  
de tu indolencia,  
la noche que susurraba para tu pie desnudo  
y despiadado,  
todo se explicaba por ti.  
Todo,  
incluso la realeza de las cuinas,  
su labio desbordado,  
ese festín agrio  
que las hundía de pronto en un tiempo duro,  
con la sangre burlando su forma de raíz.



No era épica aún tu virilidad,  
pero tu dulzura gramosa  
                    levantaba pendones empapados  
y las vergas en su laberinto hacían un ruido  
                    intolerable.

Sin que tú lo advirtieras, Hugo,  
sin que pudieras vencer el peso  
que te embrocaba sobre la tierra,  
                    entre la soldadesca ávida  
y bajo la mirada caliente y negrísima de tus enemigas.

*Rayando el cielo  
pasa una parvada de vergas:  
¡cuir! ¡cuir! ¡cuir!*



En el Marrakech las locas hablaban  
de seres purísimos y bestiales,  
de señoras malditas,  
tan poderosas que tumbaban a la gente  
sólo con su cercanía,  
únicamente con el presentimiento de sus chorros.

Hablaban de vergas,  
y sus lenguas adquirirían un peso abominable.  
Llegaban bajo estruendosos pliegues,  
inéditas como la dicha  
y la fatalidad.  
¡Siempre esperadas!, ¡siempre inesperadas!  
¡Qué de brillos cuando el mayate  
la rascaba mandarín,  
cuando la mimaba  
siguiendo con los dedos su curso vivo!  
Hasta la más agachona tenía su felicidad,  
pie desnudo,  
enredadera impotente y fácil.

Decían las locas:  
Toda horrorosa sierpe tiene lo suyo,  
son un vaso a medianoche y a medianáusea  
lustroso de miel.



Decían las locas: La Verga.  
Porque debe decirse La Verga.  
La palabra se ensancha en la garganta  
y ya los ojos no tienen escapatoria.

Sale de su escondite  
y roja de fanatismo  
se pone a cantar.

Diabla:  
¿Qué tan miserable serías  
que el deseo de Pascual  
te hizo dilapidar como nuevo rico?

La edad te alcanzaba,  
aburrida y sola  
como un policía en medio del tránsito.  
El amor es terrible con los hartos.

Todavía despiertas de noche  
y buscas su hombro como un vaso de agua.

Y tiemblan por ti las puertas  
y las sillas vacías.

Muerdes la almohada  
hasta sangrarla de sueño y cansancio.  
Muerdes el aire de la noche.

Y sonríes,  
sonríes levemente  
por el muerto que tendrás para llorar toda la vida.



Adentro

sin peso

cada quien era su cuerpo

libre de amor

sin odios ni recuerdos.

Cada quien era su carne

viva como una rosa animal

única moneda en nuestras manos.

Y nos entregábamos porque sí

por vernos la agonía

mondados los huesos

y desnuda la sangre.

Era delicioso callar nuestros nombres,

era bendito mentir,

abrazarnos fuertemente

como si nos fuéramos a caer.

Y caíamos.



*Algo,  
alguien me temblaba cuerpoadentro  
y me quería nacer  
como una palabra presentida.*

*Ya no quería mi casa ni mi pasado  
y ser exigua me sofocaba.*

*Dios, líbrame del amor.  
Húndeme en él.*

*No dejes que dude,  
yo lo crié desesperadamente,  
y de nada sirvieron  
las palabras, el odio, la locura.*

*Otra vez estoy como piedra que no alcanza el aire.*

*Y la noche canta sin piedad  
arrancándose la garganta a gritos.*



También estaban los sardos,  
pelones y prietos,  
con la verga abriéndoles paso a puñetadas  
y las nalgas arriempujándose como enemigas,  
negando la luz al culo  
en permanente insurrección.

Los sardos:

lumbre de piedra,  
carne dura de odios,  
con la verija echa nudos  
por la emputecida saña del alcohol.

¿Qué veneno les brotaba entre las piernas?  
¿Qué modo era ése de pensar con los huevos?

Los sardos:

quien los llamó islas inasequibles  
no supo de las pájaras que volaban hasta ellos,  
zumba que zumba,  
a bañarse bajo la lluvia a chorros de la leche,  
a pasearse entre esas piedras  
y a cagarlas.



*Nada que no fuera su cuerpo me servía,  
nada sino su carne estrecha,  
sus piernas ariscas y empapadas  
y ese ruido que le venía de lejos.*

*Por unas semanas hicimos nuestra alaña  
bajo esta piedra,  
y nos lavamos los pies evangélicamente  
y nos arrancamos las ropas para no volver a ellas jamás.*

*Me creció a las orillas como un árbol,  
alrededor como una casa,  
en el silencio  
como una carcajada a punto de enfermarme.*

*Estuve bien bajo su sombra  
y casi no podía respirar el aroma arracimado de su carne.  
¿Era eso el amor? ¿es así?  
¿Crece de esa mojada manera?  
¿Se entierra tan oscuramente  
como la raíz en la piedra?*

*Cunde la campánula hasta sofocar la fronda.*

*Los pájaros volaron alrededor de mí  
y picotearon mi sexo como un higo podrido.*



*(Jana de la noche)*

Has perdido más de lo que tú crees  
y menos de lo que yo pienso.  
Pero tu corazón,  
un motor lleno de ira,  
tiene su promesa intacta.

Tus pechos a fuerza,  
tu boca y tu culo  
son para llevarle la contra a Dios,  
el Gran Defraudador.

¿Es tu cuerpo cárcel de varón?  
¿O es Otro el que ahí rebuzna y gime,  
mientras tú sonríes,  
con tu mejor sonrisa de puta babilónica,  
a los hombres-automóviles que pasan por la calle?

Ay, debes estar loca de veras  
para que tus pestañas giren en su débil sueño  
y tu carne tenga su propia luz  
y su propia, intensa, oscuridad.

¡Brilla para poner en claro quién es la reina!



*[Faint vertical text or markings]*

Esta es la verdad,  
el cuerpo y la sangre  
de los que se alzan contra sí mismos.



*La espina, queridas,  
se yergue sobre la ruina de la rosa.  
¿Qué queda de su brillantez  
sino enfermedad,  
una sombra que corre como lumbre por la sangre?*

*Queda la vergüenza,  
roja de ira,  
y el fastidio,  
sobre todo el fastidio.*

*Es una lástima:  
Justo cuando empezaba su arrullo,  
la cerveza se me hizo amarga.*



La furia

la vejez también  
crecían lentamente como árbol  
en medio de la noche.

Y su ruido íntimo era rumor de cuerpos infames  
apiñándose bajo los cuerpos vivos,  
al filo de las pieles victoriosas,  
bajo los párpados y entre los húmeros.

La pasión y sus vicios:

Todo se vuelve una costumbre bárbara.

Todo ha de caer.

Todo,

hasta la juventud bestial,  
se rinde.

De la sangre sin rémora

quedan los abrazos podridos  
y el agua de aquellas miradas  
asfixiándose bajo la tarde.



¿De dónde los resplandores?  
¿De dónde esta torva alegría  
que te llena la carne de nervios?

Eres sólo piel y número  
y ese pelo falso no te hace invulnerable.

La luz que penetra por los visillos  
es ahora tu enemiga,  
ronda tu palidez  
y tu cuerpo tirado como un trapo.  
No tienes salvación,  
aunque te enquistes,  
aunque te llenes de colores.  
Confiesa que tu amor te despunta  
alas lamentables.

Mariposa-lagarto:

quieres volar  
y tu pesado corazón  
te hunde.



*Mas ellos  
a su propia sangre  
ponen asechanza.*

*Proverbios*



Alameda:

Cuando las ratas hayan roído tu raíz  
y los bárbaros devoren el último de tus brotes,  
saldremos las locas a jugar en tu lodo,  
a trenzar guirnaldas de brazos y canciones.

Vendremos peregrinando  
desde aquel Marrakech  
muerto a tus orillas,  
casi tanto como tú, bosque de Arden humillado.  
Y nos comeremos la piedra de tus fuentes  
y las dulcísimas nalgas de tus estatuas.

Haber sido hoguera de canallas  
para acabar en esto...  
Tus ángeles con las alas carcomidas  
por el aire impuro  
y Juárez pidiendo tolerancia,  
mudo de pavor.

Pero aun entonces  
estaremos los rateros,  
los viejos mirando el tiempo calcinado,  
y las locas,  
las locas con su pregunta en el párpado,  
dando vueltas alrededor tuyo  
sobre un caballito  
alado y caliente.



*¡Cuir! ¡Cuir! ¡Cuir!*

Escuela de Filosofía y Letras  
COLECCION ESPECIAL  
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO



## ÍNDICE

<i>Tras cortinas de nervios y mareos</i> .....	11
<i>Con la jeta reclinada en el pecho</i> .....	15
<i>Y fue allí</i> .....	17
<i>(Diabla la Grande)</i> .....	19
<i>En el miadero</i> .....	21
<i>Hermosamente retocadas</i> .....	23
<i>(Hugo)</i> .....	25
<i>Rayando el cielo</i> .....	27
<i>En el Marrakech las locas hablaban</i> .....	29
<i>Diabla</i> .....	31
<i>Adentro</i> .....	33
<i>Algo</i> .....	35
<i>También estaban los sardos</i> .....	37
<i>Nada que no fuera su cuerpo me servía</i> .....	39
<i>(Jana de la noche)</i> .....	41
<i>Si fuera sólo</i> .....	43
<i>La espina, queridas</i> .....	45
<i>La furia</i> .....	47
<i>¿De dónde los resplandores?</i> .....	49
<i>Alameda</i> .....	53
<i>¡Cuir! ¡Cuir! ¡Cuir!</i> .....	55



*Cantar del Marrakech* de Juan Carlos Bautista  
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1993  
en los talleres de Impresión y Diseño.  
La edición consta de mil ejemplares  
y estuvo al cuidado de  
Juan Domingo Argüelles.



12 NOV. 199

## HOJA DE DEVOLUCION

--	--	--

Este libro deberá ser devuelto dentro de un término que expira en la fecha marcada por el último sello, de no ser así, el lector se obliga a pagar \$. . . . . por cada día de demora.

REVISADO ENE 2004

## FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO

A través de la edición de libros antológicos, individuales y colectivos de jóvenes autores del interior de la República, *Tierra Adentro* da a conocer nuevas voces y estimula la creación acercándola al público lector de México.

### TÍTULOS RECIENTES

59.  
Benjamín Valdivia:  
**Indagación de lo poético**  
(ensayo)
60.  
Rosina Conde:  
**Bolereando el llanto** (poesía)
61.  
Regina Swain:  
**La señorita Superman y otras danzas** (cuento)
62.  
Carlos Adolfo Gutiérrez:  
**Sarcófagos** (poesía)
63.  
Joaquín Hurtado:  
**Guerberos y otros marginales**  
(cuento)
64.  
Marlene Villatoro:  
**Estigmas** (poesía)
65.  
Bernardo Esquinca:  
**La mirada encendida**  
(cuento)



FONDO EDITORIAL  
TIERRA ADENTRO

No se elige ser poeta, y lo sabe muy bien Juan Carlos Bautista.

También se sabe elegido, y por ello se relaja ante las violentamente dulces visitaciones de la poesía. Sin oponer ninguna resistencia, en lasitud beatífica, viaja hasta los sitios más recónditos del placer y del dolor poéticos, tembloroso de miedo pero valiente, como buen niño explorador de lo prohibido. En esos espacios, ocurren los relámpagos que le permiten ver lo que nadie ve —como el otro Juan, en Patmos—, y ser poseído, cuir, cuir, cuir, por parvadas de emisarios divinos que tal vez no han existido nunca. Y nos cuenta sus visiones, sus iluminaciones, sus íntimos relámpagos, en este *Cantar del Marrakech*, uno de los poemarios más intensos que ha producido nuestra joven poesía, escrito con esa sabiduría y esa sagacidad de las grandes salmodias, y esa sinceridad desgarradora y estimulante de las visiones que nos elevan a lo más alto de los cielos, aunque éstos no sean más que los minigitorios transfigurados del Marrakech, donde abrevan los caballos...

José Ramón Enríquez



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes